

Samuel Zenteno Anaya

El Espíritu de la Educación Norte-Americana

«Tendencias actuales de la Educación Norte-Americana» por Maximiliano Salas Marchán.

AL hacer el comentario y la presentación de este libro, no podemos menos que lamentar una extraña modalidad de nuestra vida intelectual: nos referimos a la indiferencia, cuando no al silencio, con que se recibe la producción científica de nuestros hombres de estudio.

Sale a luz, entre nosotros, algún volumen de carácter puramente literario y sobran para él los comentarios, pero no ocurre lo mismo tratándose de obras científicas, de cuya trascendencia parece que no se dieran cuenta ni los que están obligados a ello.

Es así como libros de manifiesta utilidad e importancia, pasan inadvertidos o son aprovechados sólo por círculos muy reducidos, malográndose de esta manera los beneficios que podían aportar a la cultura nacional.

Hay el peligro de que ocurra esto último con el valiosísimo trabajo del señor Salas. Falta un estudio que lo presente con la amplitud que merece, y son relativamente pocos los profesores que tienen noticia de su contenido, todo esto no obstante tratarse de un autor prestigiado por los más altos merecimientos intelectuales y morales y de un libro que, seguramente, será

apreciado como una contribución honrosísima a la bibliografía pedagógica de Chile y demás países de habla castellana.

El señor Salas es, en justicia, un profesor eminente, en cuya personalidad se destacan, con relieves que despiertan admiración y cordial simpatía, la amplitud de alma, el optimismo, la idealidad generosa y constructiva, la serenidad, la elevación moral, el talento y la ilustración; virtudes y cualidades todas que han de ser el bagaje obligado del verdadero educador.

Por otra parte, su libro, animado por la fuerza inspiradora de esas virtudes, escrito en estilo hermoso, comprensivo y lleno de unción, y rico en ideas secundas y orientaciones renovadoras, es uno de los estudios más penetrantes que conocemos de la educación americana.

Llega él en hora muy oportuna, cuando el profesorado, impulsado por un noble anhelo de perfeccionamiento, ansía apartarse, hasta donde es racional, de los moldes de la antigua pedagogía intelectualista alemana. Para que ese movimiento de renovación fuera encaminado provechosamente hacia lo que conceptúa la ciencia pedagógica como lo mejor, era de urgente necesidad un libro como el del señor Salas, que guiara a los educadores en el conocimiento y comprensión de la pedagogía americana, tan útil e importante, sobre todo, para los que están imbuídos todavía en el concepto clásico de que el objetivo único de la educación es la adquisición de conocimientos. Esencialmente dinámica y activista; cuidadosa, ante todo, de la formación del carácter; atenta como ninguna otra, a los fines cívico y social y a la eficiencia práctica del educando, la educación americana puede ser considerada como el mejor antídoto que corrija nuestros defectos educacionales.

Quien estudie nuestra educación desde el punto de vista de las tendencias dominantes que actúan en ella, encontrará, por un lado, la pedagogía herbartiana, que ha moldeado nuestra enseñanza desde cuarenta años atrás, influyendo todavía con todos sus defectos en los métodos de gran parte del profesorado; por el otro, las modernas corrientes de la pedagogía y psicología norte-americanas, que van penetrando gracias al esfuerzo

inteligente de algunos de nuestros educadores, quienes con una fe y constancia dignas de la causa que sirven, avanzan victoriosamente contra la rutina de unos y la inercia de otros.

A los muchos y muy valiosos servicios que ya tiene prestados a la educación, agrega el señor Salas este otro de proporcionar un libro que, por su forma y contenido, facilitará la difusión de las mejores doctrinas pedagógicas y la consiguiente modernización de nuestro sistema educacional.

* * *

Hagamos un análisis de él, limitándonos, por la brevedad necesaria, a aquellos aspectos esenciales de la educación norteamericana.

Desde luego, para nosotros, que tenemos una educación y un sistema educacional absurdamente rígidos, con escuelas y liceos regidos por idénticos planes y programas, es útil saber previamente que el primer rasgo distintivo de la educación americana es su flexibilidad y su carácter multiforme, de tal manera que en ella encuentran satisfacción plena todas las vocaciones individuales y todos los intereses sociales. Es que allá se respeta el principio pedagógico fundamental de que la educación, siendo en uno de sus aspectos más esenciales una obra de acomodación, de adaptación a las capacidades del educando y a las necesidades de la sociedad, se ha de dar en planteles diferenciados y del tipo más variado. Como consecuencia, en Estados Unidos de América las escuelas y colegios no se fundan obedeciendo a una generosidad inconsciente del gobierno o a intereses menguados de la política lugareña, sino a necesidades reales y evidentes de cada agrupación. ¡He aquí una de las manifestaciones más trascendentales de la libertad en la Gran República!

No obstante esa complicada y rica variedad de organismos educacionales, es fácil encontrar a través de todos ellos ciertas características generales bien definidas que permiten hablar de un finalidad, de un espíritu, de una orientación en la educación

americana, fruto de las concepciones geniales de sus pedagogos y psicólogos, de las cualidades superiores de esa raza, de los muchos factores políticos, geográficos, económicos, sociales que influyen en cualquier sistema educacional y, sobre todo, de la obra inteligente y llena de idealidad de sus educadores.

Respecto a este último factor, es rasgo ejemplar de los profesores norteamericanos su selecta disposición espiritual: su fe consciente en la noble y difícil misión que realizan, como resultado de la cultura pedagógica y psicológica que atesoran y de la concepción optimista que tienen de la vida; su devoción constante hacia el niño, mantenida por esa delicada afectividad que les permite sentir todas las ternuras y bellezas que encierra la infancia; sus ansias de incesante perfeccionamiento, alimentadas por medio de cursos especiales, revistas, conferencias, asociaciones pedagógicas, asambleas periódicas, que, junto con elevar su nivel cultural, dan origen a un pujante espíritu societario y a una acción solidaria profesional, virtudes todas que ennoblecen la actividad docente y contribuyen a formar en su favor una conciencia pública cordial y respetuosa. ¡Qué sobresalientes y trascendentales aparecen esos valores en una época como la presente, enferma de pereza espiritual, y tratándose de una actividad como la educación cuyo factor fundamental es la personalidad del educador.

Es verdad que a esa calidad selecta del profesorado americano, corresponden, como recíproca, un Estado y una sociedad comprensivos de sus deberes con aquél; así se explica que en los Estados Unidos de América haya un sistema de estímulos admirablemente organizados para animar al educador, sostenerlo en sus desfallecimientos, renovar sus energías para el trabajo diario y mantener vivo en él la llama del optimismo y del interés por la educación.

* * *

El primer problema que se presenta al que estudia un sistema educacional cualquiera es el del ideal de esa educación, o

sea, el término a que pretende llegar en la obra educativa. Según esto: ¿Cuál es el fin último de la educación americana? ¿Qué tipo de hombre aspira a formar ella?

«En los Estados Unidos de América, como en todo el mundo, dice el señor Salas, se reconoce que la adquisición de valores morales es el fin supremo de la educación»; y más adelante agrega: «La educación tendrá un vacío de consecuencias trágicas si limita la preparación para la vida a la cultura intelectual y los medios para ganarse la vida».

Este juicio, venido de uno de nuestros educadores más representativos, y ese ejemplo dado por un pueblo de tan máxima cultura, contribuyen a afirmarnos aun más en la convicción de que la herencia más preciada de la humanidad y lo que hay de perenne y selecto en la civilización de todos los tiempos son los valores morales, y que una educación que pretende transformar todas las instituciones educacionales en instrumentos de enseñanza puramente utilitaria no conseguiría dar a los pueblos la felicidad que anhelan sino hasta el límite estrecho a que llegaron los países que, como Fenicia, habían olvidado la gran verdad de que el hombre ante todo es un ser moral.

Se habla en todas partes del fin práctico, de la educación utilitaria, de la urgencia de atender, ante todo, a la preparación de agricultores, industriales, mineros, comerciantes, etc. Admitimos que esta sea una necesidad social premiosa a que debe proveer la educación; pedimos que la enseñanza forme el sentido económico y las capacidades técnicas necesarias para que cada uno sepa sobrellevar su propio peso, pero que no se detenga aquí la obra educativa sino que llegue, con sus métodos, disciplina y demás recursos, hasta fortalecer la calidad moral del futuro hombre y ciudadano.

La importancia primordial que da la educación americana a la preparación para el hogar mediante prácticas y enseñanzas que vigoricen en el educando el amor y el respeto por la familia; la atención que pone en el mejor empleo que haga el alumno de sus horas desocupadas y cuyo resultado son las muchas organizaciones deportivas y actividades recreativas crea-

das y fomentadas por la escuela para evitar que la ociosidad empuje al educando hacia el vicio; la institución de los consejeros morales encargados de guiar al niño en su conducta; el cuidado que ponen los maestros en el estudio individual de sus alumnos para descubrir sus inclinaciones e influir en ellas; la orientación metodológica de extraer de cada asignatura preferentemente los valores morales; el esfuerzo por crear oportunidades para que la vida escolar transforme la emoción o ideal moral en acción; el desarrollo prodigioso de las asociaciones con fines de beneficencia y de perfeccionamiento; son la expresión concreta de aquel ideal de la educación americana que proclama la supremacía de los valores morales.

Pero falta saber cuál es la aplicación más concreta e importante de esos valores en la educación que nos ocupa. El señor Salas nos dice: «Los Estados Unidos son una democracia que continuamente va buscando su camino de perfeccionamiento y este camino no se puede recorrer sino impulsado por la fuerza del carácter moral; conceptos que significan un énfasis sobre la trascendencia del fin moral y un nuevo objetivo agregado a él: la educación cívica.

A su vez este objetivo de la educación americana de formar al buen ciudadano se traduce en otros rasgos que le son característicos, como la tendencia de introducir en la vida escolar los mismos ideales de la democracia: el gobierno de sí mismo, la autonomía individual, el régimen de libertad, la cooperación social, la iniciativa, etc.

Mas, si educación significa, con respecto al profesor, ejercicio del mando, conminatoria, y con respecto al alumno, sumisión, docilidad, es decir, procedimientos y actitudes los menos apropiados para formar hombres libres como deben ser los componentes de una democracia, ¿cómo armonizar ambas exigencias? La educación americana ha salvado este aparente antagonismo procurando que la vida escolar, sobre todo la disciplina, fomente los hábitos de libertad, acción, iniciativa, por un lado; y por el otro los de responsabilidad; aquéllos para que la educación forme ciudadanos viriles, independientes, dueños de sí

mismos, seguros de su cuerpo, de su voluntad y de su pensamiento; y éste para preparar hombres conscientes de la parte que a cada uno le corresponde en la conservación y progreso de la sociedad.

Esta misma necesidad de adaptar la vida escolar a la preparación para la democracia, unida al máximo respeto por los derechos del niño, ha determinado un cambio en la actitud del profesor. Al dogmatismo presuntuoso y al menosprecio por el educando, se les ha reemplazado por una íntima y cordial reverencia, de tal modo que ahora el papel del maestro ya no consiste en «moldear» o «enseñar», como se decía antaño, sino en ayudar, en «guiar» al niño con naturalidad humilde. El educador americano es el que menos uso hace quizá de la autoridad en su trato con los niños y en el gobierno de la escuela. La amistad, el ejemplo y la conciencia de la propia responsabilidad son la base de las relaciones entre ellos.

La pedagogía americana, que es realista, porque fundamenta sus prácticas y principios en la realidad psico-fisiológica del educando, reconoce que el punto de partida de toda actividad, aun de las más elevadas, como el propósito moral es esencialmente fisiológico; así mismo que la raíz de la calidad moral del individuo está en la base orgánica de la vida psíquica, o sea, en el conjunto del organismo y más especialmente en los aparatos nerviosos periféricos y centrales y en las glándulas de secreción interna; que aquella a su vez depende del alimento, de la luz, del aire, de la energía acumulada procedente del mundo circundante y transformada en impulso y en capacidad de reacción.

De ahí la importancia primordial que da la educación americana a la salud física del niño, importancia que se manifiesta en los numerosos servicios de preservación y atención higiénica y médica, como las clínicas dentales, la inspección médico-escolar, las escuelas al aire libre, la calefacción de las salas de clases, etc.

No hay para qué insistir en la preferencia que se concede a la educación física, que se hace a base de movimientos libres,

juegos, danzas, natación, excursiones, etc. Bástenos decir que en los colegios americanos no es el niño sabihondo el que más atrae la atención de sus compañeros, ni el que se impone a los demás, sino el que ganó en algún concurso deportivo, el más ágil, el más viril. Esto no significa el imperio de la fuerza, puesto que ese niño más enérgico no lo es sólo por la robustez física, sino también por el temple de su espíritu.

Los profesores americanos han previsto el peligro de que los conceptos «valores morales» y «perfecto ciudadano» queden reducidos en la práctica educativa a simples palabras o a vagas aspiraciones, confeccionando por intermedio del personal de la escuela Horacio Mann, anexa al Teacher College, de New York, un documento intitulado «Hábitos y actitudes deseables para un buen ciudadano de la comunidad y de la escuela elemental», que es una verdadera escala de los valores morales, porque contiene el análisis prolijo de los hábitos y actitudes relativas a todos los aspectos de la personalidad.

Según esa lista de valores morales, el buen ciudadano debe «cuidar su salud, mantenerse en buena postura, ser ordenado, ejercitar la economía, ser puntual, pensar claramente sus problemas, tener buen humor, ser delicado, tener iniciativa provechosa y confianza en sí mismo, ajustarse a las buenas tradiciones de los deportes, proceder con corrección, ser valiente, íntegro, verídico, obediente, generoso, cortés, discreto, leal, prestar cooperación, tener un criterio amplio, tener el sentido de apreciación y procurar expresarla».

He ahí la unidad de medida moral, el tipo de hombre que aspira a formar la educación americana. Cada una de esas cualidades generales comprende, todavía, un grupo de otras subordinadas con su nota correspondiente que se extiende de 1 a 10 para los efectos de que el profesor avalúe la capacidad moral del alumno.

Aunque reconocemos que es muy difícil reducir a cifras aspectos tan complejos y sutiles de la personalidad humana, dicha escala es interesante, sobre todo muy sugerente, pues ella nos

da la clave del espíritu de la educación americana en sus finalidades y en su espíritu.

Así, observando la nota que corresponde a cada cualidad, se ve que las más altas se asignan a las virtudes relacionadas con la cooperación y solidaridad sociales, como la «subordinación de los propios deseos a los más amplios propósitos e ideales de vida, la constancia y devoción en el servicio al país, la renuncia a la propia preferencia cuando contraría el bienestar del grupo, el espíritu de ayuda y servicio para otros, ya en el trabajo o en el juego, la defensa de lo correcto y la oposición a lo malo cada vez que la ocasión se presenta».

Basta lo anterior para darse cuenta de la gran importancia que da la educación americana a la formación del espíritu social, «de ese idealismo valeroso y práctico, como dice tan bellamente el señor Salas, que quiere remediar las miserias del alma y del cuerpo, atar la comunidad con lazos fraternales y poner a su alcance la mayor suma de placeres elevados».

Esta tendencia social es, seguramente, la concepción más valiosa aportada por la pedagogía americana a la educación moderna, y no como una simple teoría, sino como realidad que ha penetrado en los programas, métodos, organización, disciplina, en suma, en la estructura general de la escuela, del colegio y de la universidad americanos, organismos donde toda actividad, todo trabajo se guía por el hermoso lema de la Universidad de Berkeley: «Aquí se viene a estudiar; de aquí se sale a servir» ¡Noble y ansiada consigna que ojalá se extienda por todos los países en un futuro no lejano, para gozar con la belleza de una humanidad feliz y buena!

Los pedagogos americanos polarizan todos los fines de la educación que hemos analizado anteriormente en la «eficiencia social», expresión que engloba tres conceptos fundamentales: capacidad del individuo para ganarse su vida; moralidad suficiente para no servir de estorbo al esfuerzo de los demás; condiciones personales y morales que le permitan cooperar al progreso de la colectividad.

Se infiere de lo anterior que, para asegurar en forma com-

pleta la eficiencia social del individuo, la educación debe agregar a las finalidades cívica, moral y social, otra de carácter utilitario que consiste en desenvolver en el educando una serie de habilidades, en prepararlo para hacer el mayor número posible de cosas útiles en el mundo exterior, en adiestrar sus órganos mediante los cuales entra en contacto con las cosas, en suma, en capacitarlo para la lucha por la vida.

Con este último objetivo se completa el ideal de la educación americana y se nos presenta de una amplitud y un sentido tan elevado, que compendia todos los fines y satisface completamente todas las necesidades sociales e individuales.

El fin utilitario y práctico es realizado en Estados Unidos de América mediante una técnica pedagógica característica como los métodos activos, la enseñanza vocacional, el sistema de ramos electivos, la enseñanza de las artes industriales y constructivas y de la agricultura, el uso de los «test» para medir los resultados de la enseñanza y las capacidades y aptitudes del alumno; las oficinas de orientación profesional encargadas de guiar a cada individuo hacia las actividades que guardan relación con sus aptitudes, el método del proyecto, etc.

En esos rasgos se ve la tendencia de la pedagogía americana de hacer que la enseñanza sea cada día más y más un alistamiento para la acción, para los propósitos prácticos, una actividad espontánea, personal y productiva; que facilite a los niños de todas las clases sociales su llegada hasta las instituciones pedagógicas más altas, independientemente de su posición económica y social y sólo en relación con sus aptitudes y gustos; que seleccione a los bien dotados y a los anormales, a éstos para librarlos de ser una carga social y a aquéllos para aprovechar de sus capacidades extraordinarias en el progreso de la colectividad; que adopte el método de proyecto, abandonando los procedimientos librescos con sus lecciones aprendidas exclusiva y servilmente en los textos, con sus clases hechas únicamente a base de discursos, preguntas y respuestas y con sus programas de un detallismo y rigidez torturantes; que se aparte del intelectualismo, lo cual no sig-

nifica negar la importancia del elemento intelectual en la formación del alumno, sino condenar la doctrina que concede a la inteligencia un lugar preponderante a expensas del sentimiento y la actividad.

Veamos a la ligera en qué consiste el método del proyecto a que hemos hecho referencia anteriormente, ya que él condensa todo el espíritu de la técnica pedagógica americana.

Se funda en la siguiente observación de Kilpatrick y otros educadores americanos y que transcribimos del libro del señor Salas: «La vida valiosa está formada de actividades intencionadas (proyectos) y no de un pasivo dejarse llevar. El acto con un propósito es la unidad típica de la vida valiosa. Despreciamos al hombre que, pasivamente, acepta lo que trae el hado o la simple casualidad. Admiramos al hombre que es dueño de su destino, que, con deliberada consideración de una situación total forma propósitos claros y de largo alcance, que planea y ejecuta cuidadosamente los propósitos así formados. Un hombre que, habitualmente, regula de ese modo su vida con referencias a valiosos objetos, satisface, de una vez, las demandas de la eficiencia práctica y de la responsabilidad moral. Él representa el ideal de la ciudadanía democrática».

De los conceptos anteriores se deduce que el proyecto es como la unidad de medida de la capacidad moral, práctica, social y cívica del individuo, el elemento fundamental que debe entrar en toda actividad escolar sea esta física, afectiva o intelectual.

Toda actividad, ejecutada al impulso de un propósito dominante; todo esfuerzo que surge de un interés del alumno, de una necesidad sentida por él, es un proyecto: escribir en la clase de Castellano una carta para comunicarse con alguien que el niño desea; construir en la clase de Trabajos Manuales un instrumento que le servirá de juguete; estudiar en la clase de Química lo que es el salitre por el deseo de utilizarlo en abonar el jardín de la casa; estudiar Geografía de un país para hacer una visita a él, etc, etc, son todos proyectos en que el punto de partida es siempre un interés del educando y

en torno al cual se organizan las actuaciones mentales hoy cristalizadas en las lecciones de los textos.

El «proyecto» es la organización de la vida escolar americana sobre la base de la actuación espontánea física, manual, intelectual o moral de los propios alumnos, en vez del dogmatismo de las llamadas lecciones del texto o profesor.

No se le debe confundir con los llamados problemas, pues el proyecto es motivado por un interés espontáneo del educando y el problema por la imposición del texto del profesor. No es un procedimiento mecánico o formal, sino una verdadera actitud mental, general y constante del alumno y del profesor, encaminada a formar hombres activos, útiles, de iniciativa, y dotados de una amplia capacidad constructiva.

Con la lectura del libro del señor Salas, se verán las ventajas y trascendencia de este método en la formación de la personalidad integral del niño americano, y se comprenderá el porqué de los rasgos vigorosos y selectos de la raza americana. El método del proyecto es, pues, la solución práctica de muchos problemas pedagógicos que hoy se presentan en la educación: como el desarrollo de la individualidad, de la espontaneidad, de la libertad, de la voluntad, de la capacidad inventiva, etc.

He ahí, suscitamente, los aspectos esenciales de la educación americana, a cada uno de los cuales dedica el señor Salas páginas que se leen con seguro provecho y el más vivo interés. Queremos todavía hacer mención especial del capítulo dedicado a los «tests», por la forma fácil y completa con que en él se presenta un problema técnico de suyo difícil para la generalidad de los profesores.

No siendo posible recoger en un solo artículo, todavía obligadamente limitado, todas las ideas de un volumen nutrido y pleno de doctrinas y noticias, como es este libro, terminamos recomendando calurosamente su lectura atenta a las personas que se dedican a los problemas educativos, en especial a los profesores, quienes no deben olvidar que los momentos de renovación pedagógica que vivimos exigen de ellos con caracte-

res ineludibles el estudio y dominio de la moderna pedagogía, por lo menos en sus tendencias principales, y que gran parte de las reformas que reclama la educación depende del educador mismo, es decir, de su renovación interior, sin la cual el espíritu y los métodos de la escuela y el liceo jamás podrán remozarse.

SAMUEL ZENTENO ANAYA.